

BERNHARD SE MUERE

para Miguel Sáenz

“Si habéis vivido un día lo habéis visto todo.
Un día es igual a todos los días.”

MONTAIGNE

CUANDO José María Guelbenzu me envió *Der Untergeher* tuve muchas dudas en el momento de traducir el título al español, y creí prudente escribirle al propio Thomas Bernhard para pedir su opinión acerca de mi interpretación. Le expuse mis diferentes propuestas, no sin cierto temor, pues conocía de sobra la aversión que este hombre sentía tanto por las traducciones como por los traductores, a quienes calificaba como “escoria aniquiladora” de cualquier obra original. Pese al bochornoso antecedente mandé la carta esperando una respuesta, si no cálida, por lo menos puntual. Alguna línea que me diera luz en medio de aquel páramo oscuro y helado que era mi nula relación con él. Yo me negaba a traducir *Der Untergeher* como “El perdedor”, aunque era uno de mis títulos alternos. Me quedé esperando la respuesta durante semanas mientras terminaba de corregir mis apuntes. Francamente no sé por qué albergué la esperanza de que en este caso en especial Bernhard rompería sus códigos herméticos y se abriría al diálogo. Hoy mismo sigo cuestionándome por qué ésa, y no otra, fue la única ocasión en que escribí a un autor de quien habría de traducir casi toda su obra. Un autor al que llegué a admirar como a pocos, pues un traductor que ama su oficio, pienso, debe necesariamente admirar y enamorarse de los textos que reescribe a otro idioma; de no ser así, la traducción adolecería completamente de carácter. Confieso que desde la traducción de *Korrektur* (1983) quedé prendado de su escritura. Leerlo me remitía inevitablemente a al-

gún *ostinato* de Schumann. Así se leía la prosa febril de ese hombre hosco y enfermo, pensaba entonces. Toda su obra es una suerte de variación sobre el mismo tema, ¡y qué más puede desear un traductor embelesado por la música que trabajar en textos colmados de acentos y matices melódicos! Entonces envié la carta desde mi piso en Madrid hacia *Vierkanthof*, a la casa que Thomas Bernhard había comprado años atrás en Ohlsdorf cuando ésta era una completa e inhóspita ruina. “La granja”, como él solía llamarla, ubicada en Obernathal 2, se fue transformando poco a poco en una residencia muy *bernhardiana*, es decir, como una de esas casas donde dormían, se atribulaban, se aniquilaban y se suicidaban sus propios personajes. Como la casa del monomaniaco Rudolf en *Beton* (*Hormigón*), quien nunca logró escribir el ensayo de Mendelssohn Bartholdy que tanto lo atormentaba. O como la casa-moridero de la trágica Persa en *Ja* (*Sí*). O como la casa en el río de los Höller, donde el protagonista de *Korrektur* (*Corrección*) escudriña encerrado en la “buhardilla de los Höller” las causas del suicidio de Roithamer: el filósofo doblado de constructor que pasó los últimos días de su vida proyectando y emplazando la construcción de un Cono encallado en la alta montaña para que su hermana tuviera un espacio único –parecido a ella– donde vivir. Así, cuando puse en el servicio postal la misiva con mis dudas sobre la traducción de *Der Untergeher*, no pude más que imaginar que esa carta escueta llegaría en un par de días a una especie de cripta, o “Cono ideal”, que Bernhard se había construido en la Alta Austria inspirado, quizás, en la obsesión de aislamiento filosófico de su admirado Ludwig Wittgenstein, y en la cual solamente eran bien recibidos su casero, su entrañable amiga la poeta Ingeborg Bachmann, la pianista Ingrid Bülau –a quien conoció mientras estudiaba teatro en el Mozarteum– y, por supuesto, Hedwig Stavianicek... ¿su tía,

su pareja, su mecenas? O simplemente la figura materna que buscó desde su enfriamiento. Todos estos grados de parentesco resultan vulgares cuando el propio Bernhard, en un rapto insólito de ternura, la consideró, a partir de que lo rescatara del pabellón Baumgartner Höhe para enfermos del pulmón, como “El ser de su vida”. Así pues, tras el abrumador –y predecible– mutismo de Thomas Bernhard al recibir mi carta, opté por rebautizar *Der Untergeher* como *El malogrado*, y justo semanas después de entregar *El malogrado* a la editorial, por una de esas ironías del destino, durante un viaje a Viena que hice con mi esposa conocí en el Burgtheater al matrimonio Lampersberg: aquella pareja de artistas-mecenas que acogió a Bernhard en su casa de Maria Saal cuando era un incipiente –y no muy buen– poeta. Al conversar con ellos en el Sacher, café emblemático por haber sido uno de los sitios donde Bernhard leía a diario los periódicos, pude percatarme de dos cosas: ella, Maja Lampersberg, cultivaba un resentimiento fresco y profundo por aquel joven enfermo de cabello hirsuto que cantaba junto con su marido canciones de Webern. Y él, Gerhard Lampersberg, recordaba con nostalgia freudiana al hijo ingrato que lo apuñaló y lo exhibió como un músico mediocre y dipsómano en su polémica novela *Holzfällen-Eine Erregung*, que yo traduciría a la postre con el título *Tala*. Aún no lo sabía. Ni mi esposa ni yo sabíamos que esa tarde estábamos sentados degustando una deliciosa tarta Sacher no con los Lampersberg de Maria Saal, ¡sino con los Auersberger de Maria Zaal!: un par de personajes muy vieneses a los que Bernhard lapidaría desde un sillón de orejas en la Gentzgasse. En todo eso pensaba justo cuando recibí una extraña llamada de Krista Fleischmann, la periodista con quien se sintió más cómodo Thomas Bernhard en los años en que decidió salir de su encierro monástico y dar a conocer un fragmento oculto de sí mismo. Krista

lo entrevistó hasta en medio de una corrida de toros en la plaza de Las Ventas, en Madrid. ¿Y qué opinión le mereció la fiesta brava a Bernhard? Lo conmocionó tanto que mató sus ganas de volverse a encontrar alguna vez en aquel recinto donde la barbarie se casa con la más profunda estulticia, así Bernhard. Fue ella, Krista Fleischmann, y no Kurt Hoffman, quien logró capotear con mayor destreza las ácidas respuestas de este sujeto intransitable, del “gran mistificador”, como a veces suelo llamarlo; pues estudiando de cerca su biografía, traduciendo incluso los escritos autobiográficos, me di a la tarea de investigar más allá de lo que él narra en esos cinco textos que conforman sus memorias y abundan en detalles de la infancia, y he descubierto un conjunto de imprecisiones importantes... Bernhard realizó en dichos libros un quirúrgico trabajo cosmético, sobre todo cuando habla de sus padres, aunque sé que, de haber confrontado la verdad con “su verdad”, Bernhard hubiera pergeñado la manera de enredarme y condenarme como un ser abyecto y francamente vil. Finalmente la biografía de un hombre, de cualquier hombre, puede echar mano de ciertas concesiones poéticas. La biografía también es el arte de reinventarse una vida, más si esa vida fue vulnerada y debilitada desde la tierna infancia no sólo por las vicisitudes familiares, sino por los súbitos contratiempos de salud que le sobrevendrían después de abandonar la casa materna e irse a vivir y a descargar patatas al sótano del señor Karl Podlaha. Pero ¿qué quería entonces la señora Fleischmann de mí? Cuando levanté el auricular pensé en todo menos en lo que iba a pedirme. La llamada fue breve, y ella, una mujer educada pero pragmática como buena austríaca, sólo hizo el papel de intermediaria para hacerme llegar un mensaje que me dejó perturbado algunos minutos. En pocas palabras dijo que el señor Bernhard estaba en Torremolinos y quería que yo, el traductor al que de una

u otra manera había desairado siempre, le hiciera una entrevista. ¡Una entrevista! Colgué el teléfono y mi esposa se quedó mirándome con perplejidad. ¿Qué pasa?, te has quedado mudo. ¿Todo bien? ¿Acaso es algo con respecto a nuestros hijos? Volví de mi asombro y le conté el motivo de la llamada de Krista. Mi mujer ha sido una cómplice y compañera perfecta desde que empecé no sólo a traducir para Alfguara, a ella le tocaron mis épocas de litigante, y posteriormente me siguió a Nueva York y a Suiza cuando la ONU me contrató como traductor del inglés al español. Ella sabía cuán importante era para mí tener contacto con los autores. Con ella he ido a casa de los Grass y hemos pasado veladas maravillosas comentando no sólo temas laborales sino muy personales. Ute y Günter Grass han sido de las mejores personas con las que he trabajado. Desde que Jaime Salinas me encomendó traducir *Der Butt (El rodaballo)*, supe que un hombre que ama de esa forma la comida es necesariamente una buena persona. No me equivoqué. Grass es el escritor con el que todo traductor quisiera tratar: una vez que te entrega su obra pide que hagas de ella lo que mejor te plazca; atiende tus dudas y colabora con la reescritura, por decirlo de alguna manera. Pero Bernhard... uy. Mi esposa sabía el dolor de cabeza que era el no tratar con ese señor de quien tan mal se hablaba en algunos círculos intelectuales. Las mujeres suelen ser más sensibles, más receptivas. También son más pragmáticas, y mi mujer, además de ser todo eso, es alemana, así que ella de inmediato tradujo el silencio de Bernhard como una total y absoluta falta de interés hacia mi trabajo. Juntos leíamos cada libro que me enviaba Suhrkamp y disfrutábamos del empecinamiento, la vehemencia y las obsesiones circulares de Bernhard, incluso tengo un método a la hora de trabajar sus escritos: utilizo un viejo atril para desplegar las hojas y voy leyéndolas en voz alta. Si algo me fascina de su prosa es la mu-

sicalidad. Bernhard tuvo que truncar su carrera de cantante a causa de la afección pulmonar, pero fueron esos años en el Mozarteum y esas prácticas con su maestra de piano, que murió en el primer ataque con bombas a Salzburgo, y esas francachelas en la casa de los Lampersberg... fueron todas esas lecciones —que a él lo llenaron de frustración y resentimiento— las que lo dotarían de esa extraordinaria voz narrativa. ¿Cómo baila Thomas Bernhard?, me he preguntado a veces. ¡Y no puedo imaginar la escena! No quiero ver al joven Bernhard tomando de la cintura a la escuálida Maja Lampersberg enfundada en su vestido amarillo, ¡no! No sé si un hombre en tales condiciones físicas podría bailar o tuviese siquiera los ánimos para hacerlo, lo que sí sé es que Bernhard poseía un oído musical extraordinario, y ese oído musical que le sirvió para no suicidarse en el cuarto de los zapatos (en el internado católico), mientras ensayaba sus lecciones de violín, es el oído que le dio esa voz única e irrepetible. La voz de un fagot necio. La voz recalcitrante de la propia testarudez. No... no se trataba de nada que tuviera que ver con nuestros hijos, le dije a mi esposa. Es Bernhard. Quiere hablar conmigo. Krista se puso al teléfono y me ha dado un número al que debo llamarle, dije. Y a mi mujer se le salieron los ojos de las cuencas. ¿Y vas a llamarle, cierto?, dijo. No contesté, sólo levanté de nuevo el auricular y esperé a que los intervalos de la línea se vieran interrumpidos por una voz que sólo conocía en grabaciones. ¿Qué quería Thomas Bernhard de mí a estas alturas? Cuatro tonos después descolgaron el teléfono y se escuchó un débil: *Hallo*, y de inmediato se me vino a la mente la descripción que hacían de él los empleados del hotel Barracuda de Torremolinos: “Un hombre tranquilo, serio, con cierta distinción natural. Pálido y bien vestido. No era exigente”. *Hallo*... Me aclaré la garganta y lo saludé. ¿Señor Bernhard?, dije. Él se adelantó y me llamó por mi nombre, lo

que me pareció extraño. Sinceramente, siempre pensé que Bernhard era de esa clase de personas que seleccionan sus recuerdos, es decir, que olvidaba las cosas que no le interesaban, y yo era una de esas “cosas”... Su voz no era la misma que en las entrevistas que había podido escuchar en grabaciones. Ahora era mucho más cavernosa. La voz de un moribundo, quizás, pero ¿acaso no fue un moribundo desde la primera vez que entró al sanatorio de pulmón en plena adolescencia? Bernhard me trató con una caballerosidad insólita. Bernhard es conmigo en ese momento la persona más educada que pueda imaginarse. Humilde y apacible como una jovencita. Me dice que estará en Torremolinos una buena temporada y quiere verme porque tiene que hacer unas declaraciones importantes que, sin embargo, se niega a hacer a la prensa austríaca. Quedamos entonces en vernos en enero, pasadas las fiestas de fin de año. Usted véngase y ya veremos qué sale, dijo. Se despidió deseándome una feliz navidad y colgó. Regresé el auricular a su sitio y mi esposa, que estuvo de pie todo el tiempo detrás de la barra de nuestra cocina, dijo: ¿Y bien?, ¿qué quiere el ogro de Ohlsdorf? Reímos. Voy a verlo el 10 de enero en La Barracuda. Tiene algo importante que declarar y quiere decírmelo a mí. No le importa si llevo cámaras o no. Fue muy atento, aunque su voz se oye sumamente mermada. Creo que siente cerca el final, o cumplirá con los vaticinios. Bernhard se muere, querida. ¿Crees que “lo haga”?, dijo ella. No lo sé, contesté, ha amenazado con suicidarse desde siempre. O más que amenazar, la idea lo ronda, lo seduce. Pero siendo objetivos, Bernhard se ha dejado seducir por muy pocas cosas en la vida: su Montaigne, su Schopenhauer, su Schumann, Mallorca, los zapatos italianos, el teatro... ¿Pegarse un tiro? ¿Y cuántos días después descubrirían su cadáver? Recuerda que ahora está completamente solo. La señora Hedwig murió no hace mucho y su hermano, el doctor Fab-

jan, lo visita más o menos una vez al mes, pero no lo suficiente. Además está en Torremolinos. ¿Podría Bernhard ahorcarse en un cuarto de hotel? Lo dudo. Es una muerte demasiado aparatosa, demasiado común ahora entre las estrellas de rock. Requiere determinada fuerza, cosa que Bernhard no posee a estas alturas. ¿Ahorcarse? Ésa es una muerte de bailarina. Él escribió en repetidas ocasiones que las bailarinas se suicidan ahorcándose, dije, y mi mujer se quedó pensando en aquella generalización de que las bailarinas se cuelgan. Lo que era un hecho es que en menos de dos semanas iba a encontrarme con Bernhard y nada podría evitarlo. Días después, para los festejos de Año Nuevo, mi casa se llenó de gente. Llegaron nuestros hijos y nietos. Mi perra se escondía debajo de la mesa tratando de huir de los pequeños troles que insistían en jalarle la cola para animarla a jugar con ellos. Cenamos Weihnachtsgans, que es un asado de ganso, acompañado de albóndigas hechas de patata y luciopercas fritas. Del postre se encargó una de mis nueras —quien ha aprendido muy bien las recetas de mi mujer— y se lució con un Honigkuchen, que es un abullonado bizcocho de miel, y torta de frutas, que en la zona de los Alpes se come desde el 30 de noviembre hasta la Misa de Gallo antes de Nochebuena. Fue una velada conmovedora por la presencia de mis nietos, pero ni en esos momentos de armonía familiar conseguí sacarme de la cabeza mi próximo encuentro con Bernhard. Bien entrada la madrugada me fui a dormir con un ligero dolor abdominal; la combinación de ganso y luciopercas no es precisamente la mejor. Siempre he sido un hombre disciplinado con la comida. Cuando formaba parte de las fuerzas del aire me acostumbré a cenar poco. Volar requiere, pienso, cierto grado de ingravidez que los cuerpos robustos no poseen. Pero la noche madrileña no da nunca tregua a la fiesta y el jolgorio, y desde la calle llegaban los graves de algunas bocinas cercanas.